

Colleen Hoover


NUNCA,

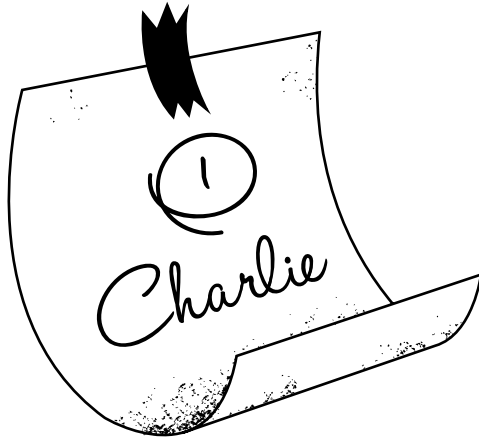


NUNCA

Tarryn Fisher

1

 Planeta



Un estrépito. Varios libros caen al piso de linóleo moteado. Se dispersan unos metros, arremolinándose en círculos, y se detienen cerca de unos pies. Mis pies. No reconozco las sandalias negras ni las uñas rojas, pero se mueven cuando les ordeno que lo hagan, así que deben ser mías. ¿Verdad?

Suena una campana.

Ruidosa.

Salto y mi corazón se acelera. Mis ojos se mueven de izquierda a derecha mientras reconozco el entorno, tratando de no delatarme.

«¿Qué tipo de campana fue esa? ¿Dónde estoy?».

Varios muchachos con mochilas al hombro entran con ánimo al salón, hablan y ríen. «Una campana escolar». Se deslizan en los escritorios, sus voces compiten por hacerse oír. Veo movimiento ante mis pies y brinco por la sorpresa. Alguien está agachado, recogiendo los libros del piso; una chica de cara enrojecida y lentes. Antes de po-

nerse de pie, me mira con algo parecido al miedo y después se escabulle. Hay gente riendo. Cuando observo alrededor, pienso que se ríen de mí, pero es a la muchacha de lentes a quien miran.

—¡Charlie! —grita alguien—. ¿No viste eso? —Y luego—, Charlie... ¿tienes algún problema...? Hey.

Mi corazón está latiendo de prisa, demasiado de prisa.

«¿Dónde estoy? ¿Por qué no puedo recordar?».

—Charlie —susurra alguien más.

Miro alrededor.

«¿Quién es Charlie? ¿Cuál de ellos es Charlie?».

Hay demasiados jóvenes: con pelo rubio, con pelo alborotado o castaño, con lentes, sin lentes...

Un hombre entra cargando un portafolios. Se sienta ante el escritorio.

«El maestro. Estoy en un salón de clases y él es el maestro. Preparatoria o universidad», supongo.

Me levanto de pronto. Estoy en el lugar equivocado. Todos se encuentran sentados, pero yo estoy de pie... caminando.

—¿Adónde va, señorita Wynwood? —El maestro me está mirando por encima del armazón de sus lentes, levanta los ojos de una pila de papeles que revisa. Los golpea con fuerza sobre el escritorio y me sobresalto. Yo debo ser la señorita Wynwood.

—¡Tiene calambres! —grita algún compañero.

Los demás estallan en carcajadas. Siento un escalofrío que sube por mi espalda y se arrastra hasta la parte

superior de mis brazos. Se están riendo de mí, pero yo no sé quiénes son estas personas.

—Cállate, Michael. —Suenan la voz de una chica.

—No sé —digo, escuchando mi voz por primera vez. Es demasiado aguda. Aclaro mi garganta y pruebo de nuevo—. No lo sé. No debería estar aquí.

Hay más risas. Miro alrededor: los carteles en la pared, las caras de los expresidentes acompañadas con fechas debajo. «¿Clase de historia? ¿Preparatoria?».

El maestro ladea la cabeza como si yo hubiera dicho la cosa más tonta del mundo.

—¿Y en qué otro lugar se supone que debe estar el día del examen?

—Yo... no lo sé.

—Siéntese —ordena.

No sé adónde iría si saliera, así que me doy la vuelta para regresar. La chica de los lentes levanta los ojos para verme mientras paso junto a ella. Aparta la vista con la misma rapidez.

En cuanto me siento, el profesor empieza a repartir hojas. Camina entre los escritorios y su voz parece un zumbido plano mientras nos indica qué porcentaje de nuestra calificación final representa el examen. Cuando llega a mi lugar, hace una pausa, un pliegue profundo se marca entre sus cejas:

—No sé lo que intenta hacer. —Presiona la punta de un gordo dedo índice en mi escritorio—. Lo que sea, ya me cansó. Una payasada más y la envío a la ofici-

na del director. —Azota el examen frente a mí y avanza en la fila.

No muevo la cabeza para asentir, no hago nada más. Trato de decidir qué hacer. Anunciar a todo el salón que no tengo idea de quién soy o dónde estoy... o llamar aparte al maestro y decírselo en voz baja. Él me advirtió que no quería más payasadas. Fijo la vista en la hoja que tengo enfrente. El resto de mis compañeros está inclinado sobre sus exámenes, arrastrando los lápices.

## **HISTORIA**

### **CUARTO PERIODO**

#### **PROFESOR DULCOTT**

Hay una línea para escribir un nombre. Se supone que debo poner el mío, pero no sé cuál es. Él me llamó Señorita Wynwood.

¿Por qué no reconozco mi propio nombre?

O *dónde* estoy.

O *quién* soy.

Todas las cabezas están sobre las hojas, excepto la mía. Volteo al frente. El señor Dulcott me mira desde su escritorio. Cuanto más pasa el tiempo, más roja se pone su cara.

Transcurren los minutos, sin embargo, mi mundo se ha detenido. Al final, el señor Dulcott se levanta con la boca abierta; cuando está apunto de decirme algo, suena la campana.

—Pongan sus hojas sobre mi escritorio mientras salen —sentencia con los ojos todavía fijos en mi cara.

Todos se amontonan rumbo a la puerta. Yo me levanto y los sigo porque no sé qué más hacer. Mantengo la vista en el suelo, pero puedo sentir la ira del profesor Dulcott. No comprendo por qué está furioso conmigo. Al salir, me encuentro en un corredor con casilleros alineados a ambos lados.

—¡Charlie! —exclama alguien—. ¡Charlie, espérame! —Un segundo después, un brazo se entrelaza con el mío. Espero que sea la chica de los lentes; no sé por qué. No es ella. Pero ahora sé que soy Charlie. Charlie Wynwood—. Se te olvidó tu bolsa —me dice, entregándome una mochila blanca. La tomo, preguntándome si habrá en el interior una cartera con una licencia de conducir. Ella mantiene su brazo en el mío mientras caminamos. Es más baja de estatura que yo; tiene el pelo largo, oscuro, y los ojos cafés, inocentes, que ocupan la mitad de su cara. Es atractiva.

—¿Por qué actuabas tan extraño allá? —pregunta—. Tiraste los libros del Camarón al suelo de un golpe y luego los regaste.

Puedo oler su perfume; me es familiar aunque me resulta demasiado dulce, como un millón de flores compitiendo por atraer la atención. Pienso en la chica de los lentes, la mirada en su rostro mientras se agachaba para recoger sus libros. Si yo hice eso, ¿por qué no lo recuerdo?

—Yo...

—Es hora del almuerzo, ¿por qué vas para allá? —Me conduce por un corredor diferente: dejamos atrás a más estudiantes. Todos me miran... disimuladamente. Me pregunto si me conocen, y por qué *yo* no me conozco. No sé por qué no le comento a la chica con quien camino o al señor Dulcott, o por qué no elijo a alguien al azar y le confieso que no sé quién soy ni adónde voy. Cuando estoy considerando seriamente la idea, atravesamos un conjunto de puertas dobles y llegamos a la cafetería. Ruido y color; cuerpos que tienen un olor único; luces fluorescentes y brillantes que hacen que todo parezca feo. «Dios mío». Aprieto mi blusa.

La muchacha colgada de mi brazo balbucea algo. Andrew esto, Marcy aquello. A ella le gusta Andrew y odia a Marcy. No sé quiénes son. Me acorrala para dirigirnos a la fila de la comida. Compramos ensalada y Coca-Cola de dieta. Luego deslizamos nuestras charolas sobre una mesa. Ya hay algunas personas sentadas allí: cuatro muchachos y dos chicas. Me doy cuenta de que estamos completando un grupo de parejas. Cada chica está sentada al lado de un muchacho. Todos voltean a verme, a la expectativa, se supone que debo decir o hacer algo. El único lugar que queda es junto a un chico de pelo oscuro. Me siento lentamente, con ambas manos sobre la mesa. Los ojos de él se clavan como dardos sobre mí, para luego girarse sobre su charola de comida. Puedo apreciar unas finas gotitas de sudor en su frente, justo debajo del nacimiento de su cabello.

—Ustedes dos son tan extraños a veces —dice otra chica, rubia, a mi otro lado. Me ve a mí y luego al chico que está sentado a mi lado.

Él levanta la mirada de sus macarrones y me doy cuenta de que sólo está moviendo las cosas de un lado a otro en su plato. No ha probado ni un bocado, a pesar de lo ocupado que parece. Me mira y yo hago lo mismo, luego posamos los ojos de vuelta en la rubia.

—¿Pasó algo que debamos saber? —pregunta ella.

—No —respondemos al unísono.

Es mi novio. Lo sé por la manera en que nos tratan. De pronto, me sonrío con sus dientes que brillan de tan blancos y estira la mano para pasarla sobre mis hombros.

—Estamos muy bien —dice, apretando mi brazo.

Me tenso automáticamente, pero al sentir seis pares de ojos sobre mi cara, me inclino y sigo el juego. Es aterrador no saber quién eres y, aún más, pensar que estás haciendo todo mal. Ahora estoy asustada, realmente asustada. Las cosas están yendo demasiado lejos. Si digo algo ahora parecerá... una locura. Por lo pronto, su trato afectuoso hace que todos se relajen. Todos excepto... él. Regresan a la conversación; todas las palabras se entremezclan: fútbol americano, una fiesta, más fútbol. El chico sentado a mi lado ríe y se une a la charla, sin apartar nunca su brazo de mis hombros. Lo llaman Silas. Y a mí me llaman Charlie. La chica de pelo oscuro y ojos grandes es Annika. Me pierdo del nombre de los demás entre el ruido.



El almuerzo llega a su fin y todos nos levantamos. Camino junto a Silas o, más bien, él camina junto a mí. No tengo idea de adónde vamos. Annika viene a mi lado, de nuevo con sus brazos entrelazados con el mío, conversa sobre la práctica de porristas. Está logrando que sienta claustrofobia. Cuando llegamos a un anexo en el pasillo, me inclino y le hablo de modo que sólo ella pueda oír.

—¿Puedes encaminarme a la clase que sigue?

Su cara se torna seria. Se aparta para comentarle algo a su novio y luego nuestros brazos vuelven a entrelazarse.

Me doy vuelta hacia Silas.

—Annika va a encaminarme a la próxima clase.

—Está bien —dice él. Parece aliviado—. Te veo... después. —Se aleja en dirección opuesta.

Annika me pregunta en cuanto él queda fuera de vista.

—¿Adónde va?

Me encojo de hombros.

—A clase.

Ella sacude la cabeza como si estuviera confundida.

—No los comprendo. Un día están muy juntos y al siguiente actúan como si no soportaran estar en el mismo cuarto. De verdad necesitas tomar una decisión sobre él, Charlie.

Se detiene afuera de un salón de clases.

—Este es mi... —digo, para ver si ella protesta. No lo hace.

—Llámame después —me pide—. Quiero saber lo que pasó anoche.

Muevo la cabeza para asentir. Cuando desaparece entre el mar de caras, entro en el salón. No sé dónde sentarme, así que camino hasta la última fila y me deslizo en un lugar junto a la ventana. Aún es temprano, así que abro mi mochila. Hay una cartera metida entre un par de libretas y una bolsa de maquillaje. La saco, la abro y encuentro una licencia de conducir con la foto de una chica de pelo oscuro, radiante. Yo.

CHARLIZE MARGARET WYNWOOD.  
2417 HOLCOURT WAY,  
NUEVA ORLEANS, LA.

Tengo diecisiete años de edad. Mi cumpleaños es el 21 de marzo. Vivo en Luisiana. Observo con detenimiento la fotografía de la esquina superior izquierda y no reconozco mi rostro. Es mi cara, pero nunca la he visto. Soy... bonita. Sólo tengo veintiocho dólares.

Los asientos empiezan a ocuparse. El que se encuentra junto a mí permanece vacío, como si todos tuvieran demasiado miedo de sentarse allí. Estoy en clase de español. La maestra es joven y bonita, la llaman señora Cardona. Ella no me mira con odio, como tantas otras personas. Empezamos con los tiempos verbales.

«Yo no tengo pasado».

«Yo no tengo pasado».

Cinco minutos después, la puerta se abre. Silas entra con la vista hacia el suelo. Creo que está aquí para decirme

o traerme algo. Me preparo para fingir, pero la señora Cardona hace una broma acerca de su retraso. Él toma el único asiento disponible, junto a mí, y posa los ojos directamente al frente. Lo miro. No dejo de mirarlo hasta que finalmente voltea a verme. Una línea de sudor resbala por un lado de su cara.

Tiene los ojos muy abiertos.

Muy abiertos... «igual que los míos».